



Azorin

En 1605

Un hombre traspone los umbrales de una casa; se encuentra la casa en las afueras de la ciudad, lindando con el campo. El Pisuerga cae al otro lado. El hombre anda con paso un tanto incierto, como muy fatigado; sus ojos son alegres y sus barbas rojizas, con hebras blancas; los bigotes, gruesos y caídos, ocultan la comisura de los labios. En la casa hay un zaguán rebozado de blanco, con un zócalo gris; al fondo se ve una puerta. Llama el hombre a esa puerta y gritan desde arriba: "¿Quién es?" El hombre contesta: "¡Gente de paz!". Conocen la voz y tiran de un cordel, que levanta el pestillo; asciende lentamente el hombre, con su gesto de cansancio, por una escalera labrada entre blancos tabiques, solados los peldaños de azulejos rojos. Al entrar este hombre es la casa deja atrás el mundo; quedan lejos, por dos o tres horas, las agrias disputas familiares, los reproches, los enconos de los compañeros, las solapadas envidias, el continuo desasosiego, la baranda del hogar propio, hogar en cuyos bajos hay una taberna, y cuyos cuartos vecinos, arriba y abajo, están ocupados por gente murmuradora y dicaz. El hombre va subiendo por la estrecha escalera blanca; no es caballero; no tiene don: a su nombre se acopla un señor, un vulgar señor, como ahora lo hacemos con el arcador, el regatón, el pellejero, el hortelano, y así decimos el señor Juan, o el señor Bernardo, o el señor Tomás, o el señor Vicente. En lo alto de la escalera se abre un reducido recibimiento, desnudo de muebles; franquéase una puerta, a la izquierda, y se penetra en una sala con balcones a la calle, donde se ve una cómoda con una Dolorosa, bajo fanal; dos candelabros con velas medio consumidas, un sofá y unas sillas de enea. De la sala se pasa a otro corredor y se entra en la cocina; limpia, resplandeciente en su pobreza, con platos blancos y con orcitas para las alcamonías, que, por las mañanas, cuando penetra el sol naciente, reflejan sus rayos en las vidriadas rotundidades. Y ya de la cocina el hombre que acaba de llegar, como llega casi todas las tardes, entra en un

cuartito con ventana que mira al campo. Junto a la ventana hay una mesa y en la mesa recado de escribir. Pero para atalayar el campo es preciso quitar el encerado que cierra el vano de la ventana. Se sienta el hombre en una silla, ante la mesa, después de haber quitado el blanco lienzo de la ventana, y permanece un rato absorto, contemplando los verde árboles, el cielo azul y las nubes blancas. En el silencio, un silencio que nuestro personaje llamaría maravilloso, todas estas cosas, la Naturaleza entera, el mismo mundo interior -el de las sensaciones y las ideas- cobran un realce extraordinario, propicio al goce puro y a la creación artística.

En la casa vive una anciana sexagenaria, a quien el hombre ha conocido hace muchos años; viene aquí el hombre a gozar de un descanso que no puede lograr en su propia casa: descanso para restaurar sus ánimos decaídos y descanso para escribir. En la mesa tiene el ejemplar de un libro suyo que acaba de publicarse en Madrid; se lo han enviado con un corsario. Como ocurría antiguamente y ocurre también ahora, antes de ponerse a la venta el libro han corrido entre los curiosos algunos ejemplares, ya regalados por el editor, o ya por el autor mismo. Algún compañero del autor ha hablado detestablemente del libro; para eso precisamente, es compañero. Otros lo encuentran entretenido. No le preocupa al autor la suerte del libro; lo mismo da que, para el vulgo, sea una u otra. No será, en todo caso, peor que su suerte. Pobre y postergado, ¿qué puede él esperar de nadie? La Corte reside ahora en esta ciudad; pero llegar hasta el Rey quien no es caballero, como no lo es nuestro hombre, es cosa imposible. Pidió antaño pasar a Indias a buscarse la vida, y le contestaron desdeñosamente.

Todo se acabe en el mundo; todo tiene su aumento y su declinación: los grandes imperios lo mismo que las cosas minúsculas. Van a terminar estas horas de tregua que nuestro personaje se toma en esta casa; la anciana, llamada por sus hijos, ha de marchar, al amanecer del día siguiente, a una ciudad lejana. Y aquí tiene nuestro hombre uno de esos acabamientos descritos por él, que nos llenan de melancolía, se cifra en las despedidas: ya es un caballero que hemos conocido en una venta y que en el cruce de un camino se despide de nosotros para no volvernos a ver; ya es un estudiante que ha divertido a todos con su enajenación, que recobra el juicio y que se va fuera de España, para que no sepamos tampoco ya más de él; ya es una bella mora que, convertida viene a España, pierde sus riquezas cuantiosas y entra en una vida de humildad que, asimismo, ignoramos.

El hombre extiende sobre la mesa un pañuelo rameado y coloca en su centro el libro, un tintero de bolsillo, varias plumas y un rimerero de blancos folios; después ata las cuatro puntas del pañuelo. Ha llegado la hora de la despedida.

-¡Ya vendrán mejores tiempos, señor Miguel! -exclama la anciana.

-Y si no vienen -replica Miguel-, ¿qué le vamos a hacer?

A seguida quiere paliar el hombre la tristeza de la despedida con una frase jovial, y no se le ocurre nada. Se acuerda de sus días de Italia, felicísimos días, y dice, sonriendo:

-Lasciamo andare questo.

Dejemos que ruede el mundo y tratemos de olvidar nuestras cuitas. Con el envoltorio en la mano. Miguel comienza a bajar lentamente la escalerita blanca con peldaños bermejos.

Azorín

ABC, 17 de marzo de 1945

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

